

preciable, se resolvió perderlo; á cuyo fin se amotinó el pueblo, que corrió de tropel al capitolio, en donde él residia. Pegóse fuego por todas partes: él quiso salvarse atravesando las ruinas y vigas encendidas: conociéronlo no obstante ir disfrazado: lo cogieron sin que osase defenderse; y al instante le dieron mil estocadas. Libres los grandes de este terrible enemigo, volvieron á sus antiguas máximas, y empezaron de nuevo á llenar la ciudad de homicidios y robos.

Las escenas que se representaban en el reyno de Nápoles, separado entónces de la Sicilia, que habia quedado en la casa de Aragon, despues de la matanza y expulsion de los franceses, eran todavía mas atroces que aquellas á que Roma servia de teatro. No nos detendremos en las menudencias que son objeto de una historia particular. El reynado de Juana, hija de Roberto, de la casa de Anjou, es la época mas digna de fixar por algunos instantes nuestra atencion. Los delitos imputados á esta reyna, mas bien débil y ligera que no perversa, y las desgracias que le acarrearón, la pusieron en espectáculo á la Europa. Casada, quizá contra su voluntad, en una edad en que no se puede conocer á los hombres, ni conocerse á sí misma, sabia sin embargo que era reyna, y que Andres, á quien habia puesto á su lado en el trono, no era mas que su marido. Zelosa de los derechos de la soberanía y del poder anexo á su clase, vió con disgusto que Andres trabajase en apropiárselos, y no pensase en que si era rey era por ella. En las altercaciones que esta oposicion produjo, la juventud y la hermosura hubieran dado parciales á la reyna de Nápoles, aun quando no hubiese tenido de su parte la justicia y el interés nacional. Quando la discordia introduce la division en los palacios de los príncipes, se hallan siempre á su lado bastantes cortesanos que encubran sus ideas secretas con apariencias de zelo, y que trabajen para sí mismos, pareciendo que defienden y sirven á sus señores. Los que formaban la corte de Juana, resolvieron descargarla de un marido, cuyo yugo veían tal vez con bastante claridad que le era intolerable. Ahorcáronle en su palacio; lo echaron por la ventana, y lo dexaron algunos dias sin darle sepultura.

Lo que la hizo culpable á los ojos de los que estaban

mas propensos á compadecerse de ella que no á condenarla, es, que ya fuese inclinacion ó solamente imprudencia, se casó al cabo de un año con Luis de Tarento, príncipe de la sangre, á quien probablemente tenían por el homicida de su marido. Esta falta enagenó de ella á sus parientes, amigos y vasallos. Luis, rey de Hungría hermano de Andres, vino á la frente de un ejército respirando venganza á pedir la sangre de su desgraciado hermano á los que tan cruelmente la habian derramado. Costó la vida á Carlos de Durazzo, príncipe de la sangre, uno de los cómplices. Juana escapó, y fué á buscar defensores entre sus vasallos del condado de Provenza, pero no los halló; porque su porte habia puesto las apariencias contra ella, que es por donde los hombres juzgan siempre de la inocencia y del delito. Tuvo pues que comprar la proteccion del papa Clemente VI. dándole la soberanía de Aviñon, en donde los pontífices con toda su corte eran vasallos de los condes de Provenza.

De la primera casa de Anjou no quedaba ya mas que un solo príncipe, llamado tambien Carlos de Durazzo, como el que el rey de Hungría habia hecho matar. Era heredero de la reyna de Nápoles, y debia sucederla si moria sin hijos. Para tener algun apoyo contra sus enemigos, lo reconoció y adoptó; pero este príncipe, indigno del trono, pues faltó al reconocimiento y á la humanidad, se convirtió en perseguidor y verdugo de su bienhechora. Urbano VI., uno de los dos papas que disputaban entre sí entónces la silla apostólica, se alió con Durazzo, mediante el principado de Capua, que le dió éste al sobrino del pontífice. Durazzo fué coronado por Urbano, y Juana excomulgada y depuesta; no pudiendo ser socorrida por Othon de Brunswick, su tercer marido, que carecia de tropas y de dinero, adoptó á Luis, conde de Anjou, hermano del rey de Francia Carlos V., con la esperanza de que acudiría prontamente á su socorro, y que se gloriaría de ser su libertador en agradecimiento del trono á que lo llamaba; pero llegó muy tarde quando ya estaba Juana en poder del ingrato Durazzo. Este príncipe, mas culpable que su prisionera, no tuvo vergüenza de condenarla á muerte en castigo de un delito, que aun quando se hubiese probado, debia borrarse, puesto que era la causa de su exáltacion. La des-



graciada reyna de Nápoles fué sofocada entre dos colchones. Su funesta muerte corresponde al año 1382.

Desde que empuñó Felipe el Hermoso el cetro de Francia el año 1285, hasta el reinado de Felipe de Valois, que subió al trono en 1328, estuvo este reyno casi siempre en un estado floreciente. Conservó y aun aumentó la superioridad que habia adquirido sobre todos los demas estados de la Europa desde los gloriosos reinados de Felipe Augusto y de S. Luis. Si los príncipes que gobernaron á los franceses en el espacio de que hemos hablado tuvieron algunos defectos, si cometieron algunas faltas, ¿con cuántas prendas insignes no recompensaron estos defectos propios de la humanidad? Y estas faltas indispensables en la administracion pública ¿con cuántas ventajas efectivas y victorias importantes no las redimieron? El gobierno se perfeccionaba, y la potestad regia; al paso que el dominio de la corona se extendia por conquistas y reuniones, adquiria mayor vigor. Fixo el parlamento en París, y arregladas sus funciones, contribuyó esto al buen orden y á mantener la autoridad por lo prudente de sus decretos, por su vigilancia, y por el respeto que infundia la presencia de un tribunal permanente.

Sin embargo hubo guerras que mantener, y por consiguiente sangre derramada, estragos, desdichas para el pueblo, pérdidas para el estado; pero las mas de estas guerras fueron bien manejadas, y se señalaron con victorias decisivas como las de Monsen-Puelle, en tiempo de Felipe el Hermoso, y de Cassel en el de Felipe de Valois. Sin embargo, causaron grandes males, como la alteracion de las monedas y el aumento de los impuestos. Uno y otro excitaron quejas, aunque mas bien se debian atribuir á las circunstancias y á la falta de otros recursos en las necesidades urgentes del estado, que á la codicia de los que lo gobernaban; pero quando el pueblo padece y cree tener razon para quejarse, si el respeto y amor que tiene á sus príncipes le impiden acusarlos, se desquita con satirizar á los ministros, y casi siempre estas invectivas suelen ser calumnias. El fin desgraciado y tan poco merecido de Enguerrando de Marigny, presidente de hacienda en tiempo de Felipe el Hermoso, es de esto una prueba memorable. Hízosele responsable de la disipacion de los

caudales públicos, quando subió al trono Luis Hutin, despues de la muerte de su padre. Por mas que Marigny protestó de su inocencia, el jóven rey, gobernado por Carlos de Valois su tio, no conocia aun bastante á los hombres, y sobre todo á los cortesanos, para discernir la pasion, que no lleva otro fin que el de sacrificar su víctima al zelo del bien público con que se cubre. Marigny fué condenado á horca por aquel mismo Carlos, á quien habia convencido de haber tomado las cantidades, de cuyo destino se le pedia cuenta. Es cierto que en adelante reconoció Carlos de Valois su delito, é hizo quanto estuvo de su parte para repararlo; ¿pero cómo era posible resarcir la muerte injusta de un hombre de bien, y la pérdida tan funesta de un ministro íntegro é instruído, regalo el mas raro y mas apreciable que puede hacer el cielo á los reyes?

El reinado de Felipe de Valois principió con los mas lucidos sucesos; y la Francia, respetada de sus enemigos, se prometia dias mas pacíficos con un príncipe valiente, generoso, y que se mostraba dispuesto á buscar su felicidad en la de su pueblo; pero estos felices principios se eclipsaron muy pronto. El ingles humillado y casi echado del reyno, volvió á presentarse en él baxo de los estandartes de la victoria, y llegó á hacerse en poco tiempo tan fuerte y tan poderoso, que pudo proteger á los rebeldes de Bretaña y de Normandía; apoyar la casa de Montfort, que disputaba la soberanía de la primera de estas dos provincias á la casa de Blois, cuya cabeza era príncipe de la sangre; y fomentar la discordia hasta en la familia real, en donde se habian introducido. Los flamencos castigados de su inquietud y reducidos á la obediencia, se alborotaron de nuevo, y se hicieron mas indóciles que nunca por el manejo del sedicioso Artevello, que infundió por todas partes el espíritu de rebellion que lo dominaba, y que fué en estos parages lo mismo poco mas ó ménos que Rienzi era en Roma; y lo peor todavía fué quando el rey Felipe de Valois hubo perdido lo florido de sus tropas y su mas valerosa nobleza en la sangrienta jornada de Creci el año de 1346. Parece que todas las desgracias á un tiempo se habian conjurado para oprimir el reyno, y que la fortuna de Eduardo III., rey de Inglaterra, iba muy pronto



á hacerlo dueño de él. Sujetó á su dominio á Calés á pesar de la vigorosa resistencia de Juan de Viena, á quien estaba confiada la suerte de esta importante plaza, y el valor con que este fiel gobernador fué ayudado por los moradores. Un año de sitio no apuró la constancia del inglés, quien pensó desacreditar su victoria con una acción bárbara, haciendo perecer en un cadalso á Eustaquio de san Pedro y las otras víctimas, que se habian dedicado con él á la salvacion de su patria; pero vuelto en sí Eduardo despues de pasado el primer ímpetu de su cólera, dió oídos á la voz de su generosidad natural, y excusó poner este borron á su nombre.

Los reveses se sucedieron unos á otros sin intermision. Los ingleses volvieron á entrar en Guiena, y se apropiaron por derecho de conquista esta hermosa provincia, que se les acababa de confiscar en virtud de las leyes feudales. Desolaron todos los países que hay de la otra parte del Loire, talando los campos, saqueando las ciudades, degollando los habitantes, sin distincion de edad ni de sexo, y no perdonando aun las mismas iglesias. Para colmo de males, un príncipe de la sangre, hartó digno por su carácter y por sus acciones del nombre con que se le conoce en la historia, Carlos el Malo, rey de Navarra, y conde de Evreux, tenia inteligencia con el enemigo, y hallaba en el seno mismo de la Francia otros traidores que lo ayudaban. No referiremos todo el mal que hizo, por solo el gusto de enredar y dañar, ni todos los apuros en que puso al desgraciado rey Juan II., hijo y sucesor de Carlos de Valois, que entró á reynar el año 1350.

La desgraciada batalla de Poitiers acabó de completar los desastres, y causó general desolacion en toda la Francia, que perdió en ella sus mejores tropas y la flor de su nobleza, siendo además hecho prisionero su rey, Eduardo príncipe de Gales, hijo de Eduardo III., rey de Inglaterra, se llevó toda la honra de esta jornada, tan célebre en los anales de las dos naciones. La valentía experimentada del príncipe Francisco, su talento para la guerra, y el valor intrépido que mostró en esta ocasion, dieron aun mayor realce á la gloria del vencedor. Su crédito era ya grande en Europa; pero por esta victoria, y todavía mas por el respeto con que trató á su prisionero, llegó á ser la admiracion de toda

ella. Esta era la segunda vez que el príncipe de Gales cogia en Francia laureles teñidos en la sangre mas illustre. Eduardo, su padre, habia debido la victoria de Creci á su inteligencia y valor. El rey de Inglaterra habia tomado el título de rey de Francia. Fundaba sus pretensiones á la corona en los derechos de Isabel de Francia, su madre, hija de Felipe el Hermoso; pero los triunfos de su hijo hubieran podido darle derechos mas efectivos, si la providencia no hubiese cuidado de un modo especial de la conservacion del reyno y de la familia de san Luis.

El rey Juan fué llevado á Burdeos, y despues á Londres. Luego que se volvió del espanto que la derrota de Poitiers y la prision del rey habian causado en todos los ánimos, Carlos, el primero de los príncipes franceses que ha tomado el título de Delfín, empuñó las riendas del gobierno. Dos hombres, igualmente sediciosos y acomodados para unirse en el delito, excitaron en lo interior del reyno alborotos mas perjudiciales que las victorias del inglés. Estos eran aquel rey de Navarra, tan frecuentemente rebelde, y nunca bastante castigado para impedirle las reincidencias, y el prevoste de los mercaderes, llamado Esteban Marcelo, genio violento y audaz, que casi fué en París en estos tiempos borrascosos lo que Rienzi y Artevello habian sido, uno en Roma, y otro en Gante. Otros enemigos del bien público se juntaron con estos; y tenemos el sentimiento de hallar entre ellos un obispo de Leon, llamado Pedro le Coq, hombre fogoso y apasionado, mas á propósito para mandar estas tropas de salteadores, que talaban entónces los campos, que para ejercer las funciones pacíficas y santas del sacerdocio. Otro compañero del rey de Navarra y de Marcelo era Juan de Pequigni, gobernador del condado de Artois, mas poderoso por su empleo, y casi tan perjudicial por su índole maligna y el crédito de su puesto, como el obispo Pedro le Coq.

Estos quatro malvados tuvieron la habilidad, á fuerza de enredos y de clamores, de comunicar su espíritu y sus ideas á los estados generales, que lo infeliz de las coyunturas habia obligado al Delfín á convocar. En esta crisis violenta, mostraba el jóven príncipe una madurez superior á su edad. Iba ensayando aquellos raros talentos y prudencia consumada, que le grangearon en adelante el



esclarecido nombre de sabio. Ganó al pueblo con su mansedumbre y afabilidad; á los grandes con su atención y condescendencia; y aun á los descontentos haciendo unos sacrificios, que la necesidad de las circunstancias le hacian mirar como precisos. El tratado de Bretigni restituyó al rey Juan á su pueblo, aumentando el poder de su enemigo, cuyas pretensiones se hicieron derechos verdaderos, y las usurpaciones propiedad. La quietud se restableció poco á poco; los desórdenes y la confusión fueron á ménos; la autoridad de las leyes intimidó á los delinquentes, y los salteadores que desolaban las provincias, con los nombres de *Jacquerie* y de *grandes compañías*, fueron reprimidos ó ahuyentados.

Habiendo vuelto el rey Juan II á Inglaterra, sin que se hayan podido saber de cierto las causas de este viage, murió en él el año 1364, y Carlos V su hijo tomó posesion del trono. Este príncipe, cuya prudencia habia sobresalido durante la prision de su padre, hecho ya rey, soltó la rienda á su ingenio. Por una constante aplicacion al trabajo, por un gran conocimiento de los hombres y de los negocios, y por la buena eleccion que supo hacer de ministros y de generales, consiguió en poco tiempo restablecer el orden en lo interior del reyno, y recobrar todo lo que los ingleses habian tomado en los dos últimos reynados. Jamás asistió á la guerra personalmente; pero desde su gabinete dirigia las operaciones con tanto tino, que todas las ocasiones se aprovecharon para trastornar los proyectos del enemigo, sacar utilidad de sus faltas, y debilitarlo poco á poco derrotándolo. En un reynado de 16 años casi no hubo otra cosa que victorias; de modo, que el rey de Inglaterra Eduardo III decia de sí mismo, que ningún príncipe habia jamas manejado ménos las armas, ni hecho mas conquistas que él. Su actividad prudente lo prevenia todo; y quando le acontecia experimentar algunos reveses, los reparaba tan prontamente, que no se advertian sus pérdidas. Su salud fué siempre muy delicada, de resultas del veneno, que Carlos el Malo le habia dado siendo Delfin, y á pesar de la eficacia de los remedios que le habia hecho el médico del emperador Carlos IV; esta causa que no se habia podido desarraigar de todo punto, aceleró su carrera, y murió el año 1380 á los 43 de edad, dexando un nombre inmortal, y un reyno en que ca-

si ya no se descubrian vestigios de las desdichas pasadas.

El reynado de Carlos VI, cuyos primeros años pertenecen á este siglo, y los últimos al siguiente, nos presentará sucesos mas tristes, y desgracias mas deplorables que quanto hemos visto hasta ahora. Para no dividir las dos partes de esta pintura, lo que seria destruir todo su interes, no nos parece que debemos comenzarla aquí, reservándola toda entera para el tomo V de esta obra, y prefiriendo en esta ocasion el orden de las cosas al de los tiempos, como ya lo hemos hecho en otros.

La historia de Inglaterra está tan ligada con la de Francia, que no hemos podido recorrer los reynados de los príncipes, que dieron leyes á los antiguos franceses en la época en que estamos, sin hablar muchas veces de los que reynaban al mismo tiempo en aquella famosa isla. Eduardo II es el primero que se presenta á nuestra vista, subiendo al principio de este siglo; príncipe cobarde y de entendimiento limitado, que descuidó del gobierno, y se dexó llevar imprudentemente de su inclinacion á los privados, cuya insolencia, avaricia y crueldad formaron sobre sus propias cabezas y sobre la de el soberano las borrascas que lo arastraron con ellos en su caída. Primero Pedro Gabecton, y despues de él Hugo Spenser, lo gobernaron mas bien como dueños que como ministros. Colmólos sucesivamente de honras y bienes, sin atender á las quejas de la nobleza, indignada de ver amontonarse todas las gracias y títulos sobre la cabeza de estos hombres, que la desafiaban con una altanería insufrible. El espíritu de disgusto se comunicó á todos; y habiendo tomado las armas los barones, pudieron muy pronto dar la ley á su soberano. La Reyna Isabel de Francia, hija de Carlos el Hermoso, envidiosa de la autoridad que daba Eduardo á sus favoritos, y sobre todo al jóven Spenser que la maltrataba, abrazó los intereses de los malcontentos. El conde Tomas de Lancastre, príncipe de la sangre, se puso á su frente; y baxo las órdenes de este caudillo tan temible, por su crédito y habilidad, se hizo con tal empeño la guerra contra Eduardo, que apurado este príncipe de tropas y de dinero, se vió obligado á acceder á todo lo que le pidieron. Despues de una série casi continua de sucesos adversos, abandonado de todos el infeliz Eduardo, cayó en poder de sus enemigos que lo pusieron en una cárcel, como si



hubiese cometido los mayores delitos. Después de haberle hecho sufrir los mas indignos tratamientos, y haberle forzado á renunciar al trono en favor de su hijo, se le hizo morir de un modo cruel, quemándole las entrañas con un hierro ardiendo. Si la Reyna no fué cómplice en este delito, no mostró á lo ménos todo aquel horror, que debia infundirle una accion tan atroz, de la qual cogió el fruto por algun tiempo, valiéndose de la autoridad de que se habia apoderado, para satisfacer su venganza y sus demas pasiones. Pero el jóven rey Eduardo III, que por la renuncia y muerte de su padre habia heredado la corona de Inglaterra, no tardó en conocer los verdaderos motivos del porte de la Reyna en los últimos alborotos. Ademas del abuso que continuaba haciendo del poder de que se habia apoderado, su amistad con el jóven conde de la Marcha, Rugero de Mortimer, habian dado ocasion á voces escandalosas que parecian harto fundadas. Por otra parte Eduardo III no obstante ser jóven, anunciaba ya aquel zelo del poder y aquel talento superior, que lo han hecho contar entre los mayores monarcas y mas hábiles políticos. Siendo así el jóven rey, no podia mostrarse indiferente en la deshonor de su madre, ni dexar en sus manos una autoridad de que no hacia uso mas que para hacerse mas culpable; pero quizá él mismo llegó á serlo, llevando muy al cabo la severidad. Es verdad que debia atender al decoro del trono y de la familia real; pero tampoco debia olvidar que se trataba de su madre. Esta princesa, hija, muger, hermana y madre de reyes, fué presa sin atender á su calidad y conducida á una cárcel, en donde permaneció hasta el fin de su vida que duró 18 años todavía. Mortimer, objeto de su cariño, ménos digno de compasion que ella, sin duda porque un vasallo no llega jamas sin incurrir en delito á hacer sospechosa la virtud de su soberana, fué castigado con el castigo de los traidores. Después de exercido este rigor, se entregó Eduardo de todo punto á la execucion de sus proyectos ambiciosos. Habia resuelto reunir la Escocia con la corona de Inglaterra, despojando á David Brace, hijo y legítimo heredero de aquel Roberto Brace, que se habia mantenido en el trono á pesar de las intentonas de Eduardo I. Otro designio que no le preocupaba ménos, era eximirse de la

soberanía del rey de Francia, por lo tocante al ducado de Guiena, y al condado Ponthieu. No es nuestro ánimo seguirlo en las expediciones casi siempre felices, que emprendió contra Escocia y Francia. Nadie ignora que sus armas desolaron estos dos reynos; y que poco delicado en sus máximas de política, acabó con enredos y artificios lo que habia comenzado por medio de la fuerza. En medio de sus prosperidades, tuvo Eduardo pesadumbres y desgracias. El célebre príncipe de Gales su hijo, autor ó principal instrumento de sus victorias, fué arrebatado por una muerte anticipada; y el parlamento congregado para tratar de las necesidades del estado, se atrevió á censurar la eleccion de sus ministros y la inclinacion que tenia á una muger que disponia de todo tomando su nombre. Así es como la providencia permite muchas veces, para instruccion y consuelo de los demas hombres, que los príncipes mas absolutos y mas temidos incurran en flaquezas, y les alcancen desgracias al fin de su carrera. Eduardo III. al concluir la suya fué abandonado de todos, y apenas le quedó á su lado un sacerdote que le auxiliase en sus últimos alientos. Murió el año 1377, de unos 64 de edad, y cerca de 50 de reinado.

La Inglaterra estaba apurada, el pueblo cargado de impuestos y descontento. En los últimos años de Eduardo III. se habian dado al olvido sus triunfos, y no se pensaba mas que en lo que habian costado. En estas circunstancias la menor edad de Ricardo II., hijo de este príncipe de Gales, de quien tanto hemos hablado, no podia dexar de ser turbulenta. Sus tios, el parlamento y los gobernadores que le habian puesto, disputaron entre sí la autoridad entre tanto que el jóven príncipe, entregado á los consejos de sus validos, se ocupaba en buscar los medios de sacudir el yugo, y de gozar con independencia de todas las prerogativas de su clase. Este aperito de una dominacion absoluta fué la pasion constante de Ricardo y el origen de sus desgracias, porque nunca se halló junta en él con la constancia de espíritu y la prudencia de conducta de que necesitaba, para conservar el poder arbitrario, una vez que se lo habia adjudicado. Consiguiólo violando todas las leyes, conspirando contra los fundamentos de la constitucion, y mul-